



De Utopías y Distopías en nuestra época

Un ensayo algo filosófico

César Monterroso

La modernidad es un fenómeno tan complejo que quizá cabría conceptualizarlo más como un conjunto de fenómenos y posibilidades, como un conjunto de modernidades que son factibles y pensables a partir del siglo XVI europeo y que, progresivamente, han ido alcanzando -en diferentes grados de hibridación y con toda suerte de aspectos- a áreas cada vez mayores del planeta. Una de las modernidades más complejas y con una historia sumamente significativa es la del binomio utopía-distopía. Nacida la utopía justo con el período moderno, y vinculada con el nuevo tipo de criticidad post-renacentista, paralela a los descubrimientos geográficos de los europeos, esta creció, se desarrolló y murió en el arco de tiempo que finaliza en el siglo XX. Pero sus consecuencias aún continúan vigentes. Hablamos concretamente de la sensación de frustración, desencanto (y hasta cinismo), disfrazados de serio pragmatismo y baños de tolerancia, que parecen distinguir a esta época y que se expresan en una metamorfa variedad que llamamos distopía.

La utopía se sostiene en el mundo de lo no posible, al menos inicialmente, y, sin embargo,

en su solo planteamiento ya perfila su posibilidad como dimensión pensable y posible de lo real. Como señaló Ricoeur (1979), en Occidente es posible trazarle a la utopía un origen histórico concreto en la eponímica obra de Moro (algo que no sucede con otros fenómenos como la ideología, por ejemplo). En esta obra encontramos una dimensión de crítica política e incluso una antropología, pero con la salvaguardia de ser una obra fantástica, y con un hálito de lección moral. Como plantea una idealidad para la vida del hombre se convirtió pronto en objetivo y en modo de vida esperable, eventualmente en promesa ¿No es, después de todo, la pragmática modernidad la época de las ideas, la gran época de la ilusión?, las diversas utopías del XVII y del XVIII (Bacon, Campanella) pronto encontraron una dimensión de realización política en los territorios americanos que empezaron a ser conquistados. Las reducciones jesuitas y los proyectos de colonización de la costa de Veracruz encarnaron algunos de estos primigenios intentos (Ímaz, 1946). Sin embargo, va a ser La Revolución Francesa la que desatará el furor utopista del inmediato siglo XIX. La idea de un nuevo comienzo para el Hombre, una Edad Venidera, hábitat del Nuevo Hombre, comenzará; se

plantea combatir la injusticia por medios racionales y seculares, el ser humano tiene las herramientas para cambiar su destino. Su razón y su técnica, cada vez más desarrollada, lo conseguirán. Saint-Simon, Bakunin, Prudhon y luego Marx serán teóricos de aquello que nació como una ficción literaria y, a partir de ella, la ficción se planteará como realidad posible del mundo del hombre. Meta no solo alcanzable sino inevitable, inscribiéndose así la ficción en el mundo de la necesidad histórica.

La utopía, en su formulación primigenia y ficcional, se planteaba fuera del mundo conocido, en algún lugar remoto e incontaminado donde lo perfecto se había alcanzado y la vida era todo lo planteado como máxima de lo deseable; era por esto una vida bastante artificial y fría, sin visos de verosimilitud. No la tenía, pues no era algo que buscara; era más bien un espejo corrector del mundo, diseñado para mostrar sus irregularidades, para mostrar la distancia entre la vida contingente, condenable. Por eso el espacio de la utopía es la ciudad, el espacio urbanizado, es decir, controlado por el hombre, por su facultad planificadora y su razón calculante. Es en este período en el que finalmente el espacio urbano alcanza predominio sobre el rural, no solo a un nivel administrativo, sino incluso económico y social. En muchos espacios europeos aún no se llega a concretar esto, pero ya se le toma como ideal y meta a alcanzar y por lo tanto ya "existe".

La polis utópica es la realización del sueño de la humanidad de un estado de gracia en la Tierra. Vale destacar que en las obras literarias utópicas fundamentales (Utopía, La nueva Atlántida y La Ciudad del Sol) la religiosidad juega escaso papel en la organización *política*; esta no ha sido otorgada por un dios o alguna verdad revelada, sino por el empleo de la razón dentro del sentido común y de lo mejor esperable para y por los hombres. Por ello, en las primeras utopías, no hay locos ni niños ni ninguna pasión o sentimiento desbocado que pueda actuar de disruptor, es el lector el admirado ante las maravillas y logros descritos, nunca los utopienses. Por ello la primera utopía es solo un concepto en esquema y no una existencia. Pero una vez liberado el genio todo estaba dado para que empezara a verse como una realidad posible, al alcance de la buena voluntad guiada por los buenos oficios de la razón. Lo primero fue buscar un lugar donde concretarla. Pronto se manifestó la contradicción entre la utopía y otras manifestaciones de la modernidad en la que la utopía salió perdiendo; le fue imposible entrar en competencia con la explotación mercantil que la llevó rápidamente

a la inviabilidad. Por eso se vio proyectada al futuro, en una aproximación especulativa y asintótica, semejante a la del mismo proyecto científico moderno, a partir de una lectura hecha por la dialéctica hegeliana se convertirá en el proyecto político del siglo XIX.

La antigüedad no conoció auténticas utopías pues sus órdenes perfectos no se constituían en un futuro o en un espacio terreno hipotético, sino en el remoto pasado de la Edad de Oro, que no se sustentaba en ninguna sociedad humana que controlara a través de sus conocimientos y, por sí misma, la naturaleza (*physis*), sino en el pleno dominio de esta con la participación rectora de los dioses o de entidades -de alguna manera superiores- y en la que el ser humano hallaba su lugar en un estado de pureza y perfección precivilizatoria. Estado del cual se había caído irremediablemente. La antigüedad vivía en un constante presente que veía al pasado y en el que el futuro solo aguardaba un final crepuscular para el hombre y la inmediata renovación de todo el ciclo del cosmos. Los mejores tiempos, auténticamente, habían sido los ya idos en los que incluso la calidad de los seres vivos era excepcional y superior. El mañana era sobre todo una amenaza.

El futuro, así, con las características que le damos en la actualidad, comienza a nacer con la cristiandad. La posibilidad de que las mejores épocas no han pasado, sino que están por venir fue una auténtica innovación en la cultura y en el pensamiento del hombre. El nacimiento del futuro fue por ello algo crucial en la historia de las ideas de nuestra especie.



A partir de allí, la planificación se hizo un deber para los pueblos, la posteridad se hizo más concreta, posteriormente la secularización occidental engendró la idea de una mejora material de carácter matemático (infinita) y, al aparecer en escena, la utopía pudo volverse creíble (Mattelart, 1998). La lucha por lograr el paraíso en la tierra alcanzó dimensiones enormes y múltiples rostros tales como las sucesivas luchas por la emancipación de las colonias y dominios occidentales en ultramar y el otorgamiento de derechos a grupos humanos cada vez más amplios o las diversas luchas por la independencia de los pueblos para lograr su realización nacional (sí, nosotros también somos hijos y ciudadanos de utopía). Puede considerarse todo esto como la lucha más quijotesca de la modernidad, la lucha por implantar la ficción en razón de considerársele la realidad más conveniente y fundamental del ser humano. Y en eso nos afirmamos porque si es que hay algún personaje literario moderno creemos que este es justamente el buen Quijote.

En el mundo realizado de la utopía, cualquiera sea su cariz ideológico, no habitarán hombres sino nuevos hombres, reformados, restituidos en el que el mal, la injusticia, quedará abolida porque su contradicción con la "auténtica" naturaleza del ser humano la aniquilará. En la utopía el mal es la negación del hombre; por ello, anhelar el advenimiento de la utopía es el sinónimo y la prueba de que se es justo.

Las energías humanas pro-utopistas rindieron frutos, la ficción sucedió, el nuevo mundo se instaló en-



tre los hombres. Los siglos XVIII y XX se encargaron de demostrar que era posible plantear la utopía en el terreno de la política mundana, así se hizo y así se quebró la utopía. Nuevamente la literatura, la ficción, se encargó de mostrar los temores, y en la nueva cara del moribundo sueño se hizo patente la inconcretabilidad de la idea. El problema no fue el concepto mismo, sino los actores humanos y su fallibilidad. Para siempre serán testimonios de la lucha por lo irrealizable el periodo del terror encabezado por el Comité de Salud Pública del gobierno revolucionario francés, la Comuna de París, la Revolución de Octubre en Rusia, la revolución cultural, el Kjmer Rouge y Sendero Luminoso. Serán la prueba de la negación de la humanidad en nombre de meros conceptos, eso sí muy elevados. Pero el hombre no es un ser de puntos medios, sino que suele casi teletransportarse de un extremo a otro y caemos en una insondable sensación de pérdida y desesperanza que en filosofía ha quedado palmariamente graficada en el ser para la muerte de Heidegger y, en general, en el existencialismo. La llamada postmodernidad ha desencadenado también en la literatura -y casi como consecuencia un tanto inversa y estertor de la utopía- una ficción apropiada, la distopía. Las distopías se multiplican en el siglo XX a la luz del fracaso real de las utopías establecidas. La muy conocida 1984 de Orwell, la más lograda Un mundo feliz, o el antecedente de ellas en la ciencia ficción soviética Nosotros (1932), de Eugenio Zamiatyn. O la más lírica de ellas -y hasta ahora bastante relegada- Fahrenheit 451. Obras todas en las que se plantea no ya la maravilla del sueño concretado de la utopía. No, la utopía en estas creaciones ya murió porque ya ocurrió en el mundo real, lo que se muestra ahora no es sino



la pesadilla de la utopía, la pesadilla de la escisión del hombre, pues lo irracional, lo no planeado, la locura y la maldad en todas sus retorcidas formas no son aspectos ajenos al hombre, sino constituyentes y definitorios de su existencia. No, la utopía no es vista ya como una existencia ideal y buena sino atroz, una existencia insana.

La distopía también se plantea en un espacio urbano controlado, hipercontrolado, en el que efectivamente hay planificación eficiente de todos los aspectos fundamentales de la vida, pero en el que por alguna (sin)razón emerge la disconformidad que destruye y carcome el correlato y la refrendación de la utopía en alguno de los personajes (Ketterer, 1976). En esto es muy acertada *Un Mundo Feliz* de Aldous

Huxley. En ella, el milagro del paraíso en la tierra se ha conseguido a través de la supresión de la heterogeneidad de los seres humanos, la estandarización de cuatro modelos de humanidad firmemente establecidos y estandarizados todos sus integrantes al máximo posible, la anulación de su capacidad deliberativa, la reducción de sus facultades racionales a las meramente necesarias o, a todo lo más, a una racionalidad de medios a fines. La distopía solo tiene sentido a partir de la decepción, de la súbita revelación del sinsentido profundo de alguno de los personajes en el entramado social, en su descolocación a partir de fenómenos internos al sujeto; en las distopías sí aparecen sentimientos y también la amenaza de la locura. Esta súbita irrupción de lo irracional (“irracional” no quiere decir contrario a toda razón, sino contrario al binomio medios-fines) desmonta y desnuda la ficción utópica; en casi todas las obras mencionadas, es la sociedad establecida la que gana la partida al rebelde iluminado, pero hay una excepción: en la ya mencionada *Fahrenheit 451*, el rebelde, Montag, decide que es propicio promover el estar despierto entre los demás humanos; es cierto que no logra transformar su sociedad, pero en su huida y en la preservación del saber de los libros que él consigue junto a otros exiliados se alza una esperanza para el ser humano libre, activo, valiente, que enfrente su vida y tome sus propias decisiones y se atreva a caminar con el peso de las consecuencias de sus actos sin pensar que todo tiene un sentido, o en el reverso, que nada lo tiene, postura a mi juicio, igualmente inútil.

La modernidad, pues, nos ha dejado de herencia, entre otras cosas, el futuro y el progreso material. Pero son herencias obscurecidas, pues sentimos y tenemos casi la certeza de que el futuro no depara ya un mundo feliz, pero, quizá sí, vidas felices 🌀



Rafael Ángel V. Martínez

BIBLIOGRAFÍA

- Utopías del renacimiento. Fondo de Cultura Económica, 1996. MORO, Tomás. *Utopía*. CAMPANELLA, Tomasso. *La ciudad del sol*. BACON, Francis. *Nueva Atlántida*.
- KETTERER, David. *Apocalipsis, utopía, ciencia ficción: la imaginación apocalíptica, la ciencia ficción y la literatura norteamericana*. Buenos Aires, Las Paralelas. 1976.
- MATTELART, Armand. *Historia de la utopía planetaria: de la ciudad profética a la sociedad global*. Barcelona, Paidós Ibérica. 2000.
- RICOEUR, Paul. *Ideología y utopía*. Barcelona, Gedisa.